

Juicios sobre la historia y los historiadores

Del mismo autor

Del paganismo al cristianismo [1853], Madrid, 1945

El cicerone [1855], Barcelona, 1953

La cultura del renacimiento en Italia [1860], Buenos Aires, 1942

Historia de la cultura griega [1898-1902], Barcelona, 1974

Reflexiones sobre la historia del mundo [1905], Buenos Aires, 1944

Jacob Burckhardt

Juicios sobre la historia y los historiadores

Traducido del inglés por Azucena Galettini
Traducción revisada por Teresa Rossmann



Liberty Fund



conocimiento

Primera edición, 2011

© 2000 by Liberty Fund, Inc.
All rights reserved.
www.libertyfund.org

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3ª D
28004 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original:
Judgments on History and Historians

La edición de esta obra ha sido posible gracias a los esfuerzos conjuntos de Liberty Fund, Inc. y de Katz Editores.

ISBN Argentina: 978-987-1566-63-1
ISBN España: 978-84-92946-39-6

1. Ensayo Histórico. I. Galettini, Azucena, trad. II. Título
CDD 909



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst
Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades

Depósito legal: B-2011-40265

Índice

- 11 Prefacio

- 17 I. LA ANTIGÜEDAD
- 17 1. La historia antigua y sus límites
- 18 2. Sobre la necesidad para el intelecto de estudiar
la historia antigua
- 19 3. Los límites entre la civilización y la barbarie
- 21 4. Por qué el “hombre cultivado” ya no puede,
en nuestros días, comprender la Antigüedad
- 22 5. La importancia de Egipto para la historia del mundo
- 24 6. Los fenicios, primeros fundadores de la *polis*
- 25 7. Cartago
- 25 8. Atenas
- 27 9. Roma y su misión en la historia mundial
- 31 10. Sobre el Imperio Romano en sus dos primeros siglos
de existencia

- 41 II. LA EDAD MEDIA
- 41 11. Consideraciones sobre la Edad Media
- 49 12. Notas sobre el cristianismo primitivo
- 51 13. El cristianismo y el culto de los mártires
- 52 14. Sobre el ascetismo y su papel en la Iglesia
- 53 15. La expansión del cristianismo después
del Concilio de Nicea
- 54 16. La Iglesia
- 57 17. Juliano y la posibilidad de restaurar el paganismo
- 58 18. El arrianismo de la Europa occidental y los judíos
- 59 19. El desmembramiento del Imperio de Occidente

60	20. La obra de Clodoveo I
61	21. Mahoma y el Islam
64	22. El despotismo del Islam
65	23. El Islam y sus efectos
66	24. Los dos hechos más importantes para el papado del siglo VIII
67	25. Carlomagno
68	26. Los normandos
69	27. El Imperio Bizantino y su misión
70	28. La querrela de las imágenes
73	29. A propósito de las Cruzadas
74	30. Consecuencias morales de las Cruzadas
74	31. Sobre la evaluación de la Alta Edad Media
77	III. LA HISTORIA DESDE 1450 HASTA 1598
77	32. Cómo el siglo XIX juzgó este período
88	33. Inglaterra al fin de la Edad Media
90	34. Sobre Ricardo III
92	35. Sobre la Guerra de las Dos Rosas y sobre Escocia
93	36. Borgoña
94	37. Carlos el Temerario de Borgoña
94	38. Francia y la idea de la unificación
96	39. Luis XI
96	40. El poder imperial en Alemania bajo Federico III
97	41. Los otomanos
98	42. La República de Florencia
99	43. A propósito de la guerra de 1494
102	44. Sobre el poder del papado
103	45. Italia y el resto de Europa
106	46. España y Portugal
107	47. El comienzo de la Reforma: consideraciones generales
109	48. Lutero
110	49. La Reforma alemana: sus causas y sus consecuencias espirituales
112	50. La Reforma: protestantismo y tradición, la intolerancia de la nueva doctrina
114	51. La Reforma: el establecimiento de la “libertad de pensamiento”
115	52. La Reforma, sus motivos y sus consecuencias sobre las masas. Lutero

117	53. La Reforma. Gobiernos. Secularizaciones y dogmatización. La Iglesia y el Estado
120	54. Formación de las iglesias nacionales
122	55. La Reforma después de 1526: el inevitable “césaro-papismo”
123	56. La Reforma y los destinos del arte
124	57. Los efectos directos de la Reforma sobre la situación de la Iglesia católica
125	58. Sobre el último período de Zwinglio
127	59. Carlos V y Francisco I
128	60. Carlos V
130	61. Enrique VIII
130	62. Gustavo Vasa
131	63. La comunidad de los elegidos
132	64. Calvino
136	65. El protestantismo en Francia
137	66. La cultura alemana hacia 1555
138	67. Los Lusíadas de Camões
140	68. La Contrarreforma
141	69. San Ignacio de Loyola
142	70. Los jesuitas
143	71. Los jesuitas y el papado
144	72. El tercer Concilio de Trento (1562-1563)
146	73. Los papas de la Contrarreforma
147	74. A propósito de la Contrarreforma alemana
147	75. Francia en 1562
147	76. Después de la noche de San Bartolomé
149	77. El recurso al asesinato
150	78. El carácter particular de la corte de Francia
151	79. Sobre la conversión de Enrique IV
152	80. Holanda
154	81. María Estuardo
156	82. Isabel de Inglaterra
157	83. El siglo de Isabel
161	IV. LA HISTORIA DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII (1598-1763)
161	84. Introducción
178	85. El carácter de los siglos XVI y XVII
179	86. Los hugonotes durante el gobierno de Enrique IV
180	87. Gomaristas y arminianos

181	88. Las potencias y la sociedad en Europa antes de la Guerra de los Treinta Años
182	89. Italia en el siglo XVII
184	90. Richelieu
187	91. Situación de Alemania antes de la Guerra de los Treinta Años
187	92. Los suecos en Alemania
189	93. El fin de Wallenstein
191	94. El gran elector
191	95. Inglaterra antes de la primera revolución
193	96. La realeza inglesa y su misión
194	97. Cromwell
197	98. La Fronda y la aristocracia francesa
197	99. La Fronda y el <i>Parlement</i> de París
199	100. Mazarino
200	101. Estilos de la vida y el arte alrededor de 1650
201	102. Suecia bajo el reinado del rey Carlos-Gustavo
201	103. La época de la monarquía absoluta
203	104. Nota sobre Luis XIV
203	105. Luis XIV, señor de la Iglesia
205	106. El espíritu francés de uniformidad y los hugonotes
205	107. Luis XIV antes de la Guerra de Sucesión española
207	108. Sobre la segunda Revolución Inglesa
208	109. La defensa de Inglaterra contra el militarismo
209	110. Características del siglo XVII
210	111. Rusia
211	112. Inglaterra después de Jorge I
212	113. Federico el Grande
215	V. EL PERÍODO REVOLUCIONARIO
215	114. Introducción
233	115. La época de las reformas concedidas
234	116. El absolutismo en los países del Norte
235	117. La guerra de independencia de los Estados Unidos
236	118. Inglaterra
237	119. Los pequeños estados
237	120. A propósito de la disolución de la Orden jesuítica
237	121. El estado de espíritu general antes de 1789
238	122. Diferencias de mentalidad entre Alemania y Francia en el siglo XVIII

- 239 123. Rousseau y su utopía
- 239 124. La situación política en Francia antes de la Revolución
- 241 125. El destino de la Revolución Francesa
- 241 126. Sobre Mirabeau
- 243 127. El clero
- 243 128. La Asamblea Legislativa y los clubes
- 245 129. A propósito del 10 de agosto de 1792
- 245 130. Sobre las masacres de septiembre
- 246 131. Antes y después de la disolución de la Convención
- 250 132. Sobre el proceso a Luis XVI
- 251 133. Girondinos y jacobinos
- 252 134. La omnipotencia de los partidos completamente
inescrupulosos
- 253 135. Cómo un gobierno puede adquirir un poder temible
- 253 136. ¿Socialismo? ¿Comunismo?
- 253 137. El verdadero fin de la Revolución
- 254 138. Las ideas musicales de Rousseau y la devastación
de las iglesias
- 254 139. Sobre Robespierre
- 255 140. Antes del 9 Termidor (27 de julio en 1794)
- 256 141. A propósito de la exterminación recíproca
de las facciones revolucionarias
- 256 142. Sobre el 18 Fructidor (4 de septiembre de 1797)
- 258 143. Bonaparte y el 18 Fructidor
- 259 144. De cómo sucumben las aristocracias y los príncipes
- 259 145. Sobre la invasión de Suiza por parte de los franceses
- 260 146. La antigua Berna y el motivo por el cual se la odia
- 261 147. Sobre el 18 Brumario (9 de noviembre de 1799)
y el Consulado
- 262 148. A propósito de Napoleón
- 262 149. Napoleón I y la campaña de Rusia

Prefacio

Es preciso prevenir al lector: éste es, con total desenfado y de manera provocadora, un libro profundamente contracultural. Hace frente a los lugares comunes que prevalecen en nuestro tiempo a lo largo de todo el espectro político: la bondad de la democracia popular e igualitaria, la superioridad del capitalismo sin ataduras y su espíritu consumista, materialista, y los beneficios del Estado de bienestar que de un modo paternalista provee a todos. Jacob Burckhardt (1818-1897) también desafió enérgicamente la noción, ya expandida en su época y afianzada con mayor tesón en nuestro tiempo, de que la esencia de la historia de los últimos cuatrocientos años ha sido la marcha del progreso y de la ilustración.

En esta obra, hecha a partir de los apuntes y los fragmentos manuscritos de clases que dio en la Universidad de Basilea entre 1865 y 1885, Burckhardt sostuvo un debate con numerosos historiadores y comentaristas, desde Voltaire en adelante, quienes insistían en juzgar el pasado sobre la base de las normas del racionalismo y del liberalismo que surgieron en los siglos XVIII y XIX. Aunque discrepaba en muchos temas con su antiguo mentor, Leopold von Ranke, compartía la visión de éste de que “cada generación está a la misma distancia de Dios”. Es posible que una época tenga un nivel inferior de prosperidad material o intelectual, o menor excelencia artística que otra, pero no por ello es inferior en su capacidad de comprensión espiritual o de nobleza. Cada época histórica tiene su propio significado intrínseco y su propia contribución a los tesoros intelectuales y artísticos de la humanidad en su conjunto. La tarea del historiador, lejos de ser la de juzgar según la contribución que un hecho le ha dado a la modernidad, es la de explorar cada rincón del pasado con una mirada apreciativa para ver el esplendor y el misterio esencial que subyacen al proceso de la creatividad humana.

Al adoptar esa postura, Burckhardt fue como una bocanada de aire fresco en comparación con sus contemporáneos y con muchos de sus

sucesores. Lo que él desarrolló no era ni más ni menos que una psicología de la historiografía. El historiador debe observar, contemplar y disfrutar de la increíble riqueza de la experiencia humana. Debe buscar la grandeza y la creatividad del ser humano por doquier, incluso en los períodos que pudieran serle ajenos o distantes. Su espíritu debe ser el de la búsqueda, el asombro y la empatía. En la medida en que se permita hacer juicios morales sobre el pasado, deberá hacerlos no sobre la base de verdades contemporáneas, sino sobre valores más universales. De esta manera, sería posible juzgar a Tamerlán por sus horribles matanzas de mujeres y niños inocentes, pero no tendría ningún sentido juzgar a Carlomagno por su autoritarismo. Más allá de ello, el historiador debe buscar por doquier los invaluable logros del espíritu humano que trascienden la política y la economía –las obras de gran belleza y poder artístico y literario, y los actos de coraje, de nobleza y de grandeza–, que honran la historia de la civilización e inspiran a las futuras generaciones.

A pesar de su mandamiento de no juzgar el pasado, Burckhardt no dudó en juzgar el presente, y su petulancia y su confianza en sí mismo. Como Alexis de Tocqueville, tenía una profunda desconfianza en la democracia popular e igualitaria, que él creía que conduciría a un mayor nivel de vulgaridad, de simplificación y de corrupción de la cultura y de la política, y que, con el tiempo, se convertiría en la tiranía de los demagogos. El principal problema de la cultura democrática popular era su deificación de la igualdad como un principio reinante en todo aspecto de la vida. Una cosa era argumentar que todos los hombres son iguales frente a la ley –idea que Burckhardt no consideraba problemática–, y otra muy distinta sostener que todos los hombres son iguales, y más pernicioso aun sugerir que todas las creencias y las opiniones y todos los modos de vida son de igual valor, una *reductio ad absurdum* que Burckhardt creía que conduciría a la muerte de la cultura y a un retorno de la barbarie.

Era igualmente duro con otro ídolo de los siglos XIX y XX, a saber, la expansión del crecimiento y del desarrollo económico como la esencia del “progreso”. En algún momento en el siglo XVII, muchas personas llegaron a creer que el fin principal de la vida era adquirir posesiones materiales y vivir con el mayor confort y con la mayor comodidad material posibles. Esta creencia, sumada al desarrollo del capitalismo, a la industrialización y a las tecnologías cada vez más inventivas para la explotación económica de los recursos naturales, generó una cultura de intensa codicia, de materialismo y de miseria espiritual y estética. Burckhardt estaba horrorizado por los costos humanos, culturales y para el medio ambiente de ese Behemot cada vez más voraz. Ya a fines del siglo XIX se preguntaba qué

habría pasado con nuestro planeta si el capitalismo, la industrialización y la ciencia hubieran comenzado su trabajo conjunto tres o cuatro siglos antes. “¿Qué quedaría ahora?”, se preguntaba.

En una época en la que los liberales festejaban por doquier la decadencia de la aristocracia, y Bismarck, con el apoyo del Reichstag, organizaba el primer Estado de bienestar, Burckhardt advirtió un hecho central: el crecimiento implacable del poder del Estado desde el siglo XVI. El nuevo Estado paternalista, a pesar de sus trampas benevolentes, llevaba en sí el potencial para un ejercicio ilimitado de poder y despotismo. Dado que las barreras al poder estatal que eran la Iglesia y la aristocracia se habían debilitado por el avance de la democracia popular, del igualitarismo y de la industrialización, a Burckhardt le parecía que era sólo cuestión de tiempo que el poder estatal se pusiera al servicio de la tiranía.

En el umbral del siglo XXI, las observaciones de Burckhardt son tan luminosas y perspicaces como siempre. Luego de escapar de las tiranías del fascismo y del comunismo y de los cataclismos de dos guerras mundiales –todo lo cual Burckhardt más o menos predijo– muchas personas se están volviendo tan petulantes como sus contemporáneos. Millones consideran que la democracia, el capitalismo, el consumismo y la tecnología son ayudas ilimitadas, y no tienen ninguna tolerancia para quienes puedan hacer preguntas problemáticas sobre esas fuerzas. Sin embargo, no le vendría mal a nuestro triunfalismo ser atemperado un poco.

La mezcla de igualitarismo, consumismo y el Estado de bienestar ha producido la expansión de la decadencia moral, la apatía política y una creciente disonancia entre los requerimientos de un régimen de libertad ordenada y la capacidad de los ciudadanos de ese régimen para cumplir con esos requerimientos. Es indiscutible que las sociedades occidentales se están enfrentando con serios problemas a largo plazo. El ejercicio de la libertad requiere virtudes morales e intelectuales que se oponen a esos hábitos alimentados por las élites que reinan en el plano económico, social y cultural. La virtud que resulta más esencial para la libertad es el autocontrol, y, sin embargo, el principio primordial que subyace al igualitarismo, al hedonismo al mejor estilo de Hollywood y al materialismo desenfrenado es la noción de que los deseos de placer y de posesiones no deberían tener ningún límite.

Según Burckhardt, otro aspecto problemático de la modernidad, que se ha vuelto todavía más destructivo durante el siglo XX, es el carácter prometeico de la civilización moderna. Mucho antes del advenimiento de las armas nucleares y biológicas, de la ingeniería genética y de la extendida devastación del medio ambiente, Burckhardt se preocupó por hacia

I

La Antigüedad

1. LA HISTORIA ANTIGUA Y SUS LÍMITES

Se omitirá aquí hacer una introducción general a la historia, y es posible dar cuenta brevemente de la introducción a la historia antigua. Con respecto al alcance de nuestra materia, se puede destacar lo siguiente: sólo las naciones civilizadas, y no las primitivas, son parte de la historia en el sentido elevado del término. Incluso se ha preservado una amplia información sobre estos últimos (Heródoto), ya que la vieja *ιστορία* [*historia* en el sentido que le da Heródoto] combina en sí misma la etnografía con la historia. Sin embargo, los pueblos primitivos nos interesan sólo cuando las naciones civilizadas entran en conflicto con ellos, como en el caso de Ciro con los masagetas y de Darío con los escitas. De esta manera, se confina lo etnográfico a sus puntos esenciales. Nuestra disciplina no incluye en la categoría de pueblo civilizado a aquellos cuya cultura no desembocó en la civilización europea, como por ejemplo el Japón y China. Lo mismo ocurre con la India: sólo el período más antiguo nos concierne, en primer lugar por el tipo tribal ario que comparte con los pueblos zend y además por el contacto que tuvo con los asirios, los persas, los macedonios y otros. Nuestro objeto no es todo el pasado sino aquel que se conecta claramente con nuestro presente y nuestro futuro. La idea que nos guía es el progreso de la civilización, la sucesión de grados de cultura entre los distintos pueblos y en el interior de cada uno de ellos. De hecho, deben enfatizarse especialmente esas realidades históricas cuyos rastros podemos encontrar en nuestro propio tiempo y en nuestra propia cultura.

Esos rasgos son más numerosos de lo que uno podría pensar y forman una continuidad de innegable grandeza. Los pueblos sobre la costa del Mediterráneo y hasta el golfo Pérsico son, en realidad, *un solo ser animado*, la humanidad activa por excelencia. Es durante el Imperio Romano

cuando ese ser alcanza cierta unidad. Sólo en ellos se realizan los postulados del intelecto, sólo en ellos prevalece el desarrollo sin que ocurra una declinación absoluta, sino apenas una transición.

Tras haberse mezclado con los pueblos germanos, y después de un intervalo de mil quinientos o dos mil años, esta humanidad activa arremete una vez más, asimila a América y está ahora a punto de expandirse por completo sobre Asia. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que someta y penetre a todos los países que llevan una existencia *pasiva*? Las razas no caucásicas se resisten, ceden y se extinguen. Los egipcios, los babilonios y los fenicios ya habían sentado las bases para esa fuerza que busca someter al mundo. Es a esos pueblos a los que, tanto por una lenta evolución como por bruscas oposiciones, estamos vinculados espiritual e intelectualmente, y es un gran privilegio pertenecer a esta humanidad activa.

2. SOBRE LA NECESIDAD PARA EL INTELLECTO DE ESTUDIAR LA HISTORIA ANTIGUA

La historia del mundo antiguo, al menos la de aquellos pueblos cuyas vidas se prolongan en las nuestras, prevalece como un acorde fundamental que aún deja oír sus ecos a través de la masa de los conocimientos humanos.

Sería ocioso dar por sentado que luego de cuatro siglos de humanismo ya se ha aprendido todo lo que se podía aprender del mundo antiguo, que ya se han utilizado todas las experiencias, toda la información, que ya no se puede ganar nada más de él, con lo cual uno podría contentarse con el conocimiento sobre tiempos más modernos o, tal vez, hacer algún estudio de la Edad Media por compasión o a regañadientes y utilizar el tiempo ahorrado en tareas más útiles.

Nunca nos libramos de la Antigüedad, no a menos que nos convirtamos de nuevo en bárbaros. Sólo los bárbaros y los intelectuales del Nuevo Mundo viven sin conciencia de la historia.

Ante la incertidumbre y la extrañeza de nuestra existencia nos aferramos instintivamente al conocimiento empírico del hombre como tal, de la humanidad tal como la encontramos en la vida cotidiana o tal como nos la revela la historia. La contemplación de la naturaleza no puede satisfacernos ni nos aporta consuelo ni enseñanzas suficientes.

Pero no debemos cerrarnos al pasado, no debemos dejar ningún vacío, sólo la *totalidad* nos habla a través de todos los siglos que han dejado algún registro.

¿Son las tres grandes edades del mundo, quizás, como los tres momentos del día en el enigma de la Esfinge? En realidad, son la continua metempsicosis que actúa y sufre el hombre a lo largo de innumerables encarnaciones. Un conocimiento genuino querrá reconocer *todas* las mutaciones y abandonar cualquier parcialidad respecto de una era específica (está bien tener alguna predilección, ya que se trata de una cuestión de gustos), y cuanto más rápido lo haga, más vivo será el sentimiento general de la imperfección humana. Una vez que se comprenda que nunca hubo ni habrá ninguna era feliz, una edad de oro en sentido imaginario, quedaremos preservados de la tonta sobrevaloración de algún tiempo pasado, de la desesperación sin sentido del presente o de la esperanza fatua con respecto al futuro, y se reconocerá que la contemplación de las edades históricas es una de las tareas más nobles: es la historia de la vida y del sufrimiento de la humanidad vista como un todo.

Y sin embargo la Antigüedad tiene una enorme importancia específica para nosotros: nuestro concepto de Estado deriva de ella, es el lugar de nacimiento de nuestras religiones, ella es la que nos ha brindado los elementos más perdurables de nuestra civilización. Una gran parte de sus creaciones artísticas y literarias permanece como un modelo ejemplar e inigualable. Tanto por nuestra afinidad como por nuestras diferencias con esa era, tenemos con ella una deuda infinita.

Ahora bien, claro está que la Antigüedad no es para nosotros más que el primer acto del drama de la humanidad, un acto que ante nuestros ojos constituye una tragedia de esfuerzos, culpas y penas inmensos. E incluso si somos descendientes de los pueblos que todavía se hallaban en el profundo sueño de la infancia comparados con los grandes pueblos civilizados de la Antigüedad, aun así nos sentimos los verdaderos descendientes de estos últimos, porque su *alma* nos fue transmitida, y su obra, su misión y su destino siguen vivos en nosotros.

3. LOS LÍMITES ENTRE LA CIVILIZACIÓN Y LA BARBARIE

Así como no podemos comenzar nuestra presentación de la historia con las primeras formaciones del Estado, tampoco podemos hacerlo con la *transición de la barbarie a la civilización*. Tanto en un caso como en el otro, los términos son demasiado vagos.

¿En qué punto, con qué descubrimiento, con qué nivel de bienestar material comienza la civilización? ¿Con el año solar? ¿Con el alfabeto?